



Me faltaba espontaneidad

Sibila

ACCÉSIT IV Concurso Letraheridos
Alba Tejedor Gertrudix

Vivir en un pueblo pequeño, es de conocimiento popular, tiene muchas ventajas y muchas más desventajas. Cuando arrastro los pies por los caminos las puertas se abren a mi paso, a veces tímidamente, a veces de par en par. Las viejas hacen el amago de salir por un instante de la cárcel del hogar —algunas incluso llegan a pisar el porche— y olfatean el aire en busca de sangre joven y fresca. Una de ellas, que ya murió, incluso me dirigía la palabra, cosa rara en este lugar en el que la desconfianza mana de la tierra. «¡Moza! Tú que eres alta, a ver si me alcanzas el farolillo». Yo se lo encendía y de vez en cuando le hacía la compra a la vieja por sacarme un dinerillo y un día me regaló un chal de punto, que llevé orgullosa como muestra de mi conexión intergeneracional con la tercera edad. A sus ochenta y pico años, llevaba ya más de veinte como viuda. La muerte de su marido, me reveló un día tras descubrireme mirando su foto de boda ¡era lo mejor que le había pasado en la vida! «Ya estaba durando demasiado, el muy cenutrio», me dijo con una sonrisa pícaro y sin el mínimo asomo de vergüenza. Un día, que pasaba por delante acompañada de un primo que había venido a visitarme, la ventana se abrió de repente al grito de «¡No te cases nunca!». La vieja era también algo chapada a la antigua. Una vez me confesó que sospechaba, por «sus pintas de marimacho» que su nieta (sobrina nieta, en realidad) era «una invertida», cosa que, claro, yo ya sabía.

El día era limpio y olía a la leña de las últimas chimeneas. La higuera de mi patio estaba seca y ella me esperaba en casa. Decía que no soportaba ver su pelo largo, me suplicó llorando que me deshiciera de él. Mis manos se alzaron y su pelo comenzó a caer sobre sus hombros desnudos, por su espalda hasta nuestros pies descalzos. «Más», exigía. Pasé la cuchilla de afeitar por su cabeza y sus pelos pinchosos llenaron las baldosas azules del suelo del cuarto de baño.

Ella a veces me cogía de la mano. Me cogió de la mano y la guió para que acariciara su cabeza pelada, su torso tatuado, sus pezones oscuros y dijo «ha estado bien». Pero también dijo «¿sabes que no te quiero, verdad? Estás loca». Nunca quería hacerlo en la cama, ni en el sofá. Me dejó desnuda, tumbada boca arriba en el suelo sucio del salón, con los pechos mordidos y las piernas llenas de moratones de agarrarla fuerte.

Tampoco quería quedarse mucho tiempo después. En alguna ocasión aceptó mi propuesta de merienda, mordisqueando las tostadas como si fuera a envenenarla. Sorbía el

café ruidosamente y ponía los pies encima de la mesa, lo que no evitaba que se enfureciera cuando el gato saltaba desde el suelo y se paseaba entre los platos. «Hay que disciplinar a ese gato», solía decir y yo sentía que en realidad quería decir que ella quería disciplinarme a mí. Un día se decidió a intentar echarle, lo que le valió un arañazo que me provocó secreto placer.

La vieja a menudo no escuchaba el timbre porque estaba viendo «El tiempo entre costuras» a todo volumen. Cada vez tenía más confianza conmigo, se notaba por como invadía con un entusiasmo creciente mi espacio personal. De su boca emanaba un aliento pútrido que yo soportaba por un tímido sentido del decoro. Mientras, sus perros se arremolinaban a su alrededor, en parte atraídos por las migas que iban cayendo. Sentada en su sillita del porche se atiborraba obleas de Caravaca y mojaba sobaos alargados en el café con tanta insistencia que formaban una pasta que caía dentro de la taza y me causaba horror. De su boca salían pequeños proyectiles blancos, que iban a parar a mi mejilla. Hablaba con entusiasmo pero yo le contestaba medio distraída porque ella me había dicho que no quería verme más. Esperé a girar la esquina antes de limpiarme con el borde de la manga.

Esta vez decía que era la definitiva, pero siempre se retracta. Ha venido a buscarme al trabajo, sin ceremonias, quitándole importancia a un gesto que podría llegar a ser romántico. Nos hemos parado junto a unas zarzas, se ha puesto de puntillas para alcanzar las últimas moras y mastica sin levantar la vista. Una cigüeña sobrevuela la dehesa y nada podría haberle importado menos. Cuando se lo digo contesta sin mirarme. «Soy una persona pragmática» y noto que mi cuerpo se tuerce ante su gesto severo y seco. Una perra de patas alargadas pasa corriendo a nuestro lado, mi mente la sigue, se aleja de ella y mi divagación la empuja a la acción. Aprieta mi mano suavemente y va subiendo, sus dedos húmedos rozan mi rostro, dejan un leve rastro morado, su dedo se mete dentro de mi boca, lo chupo y entonces sí que nos miramos a los ojos.

Pan, garbanzos, huesos para el caldo y toda clase de bollería industrial, todo bien ordenado dentro de la bolsa por la señora de la tienda que frunce el ceño ante mi torpeza con el efectivo. Cuando vuelvo a casa después de entregarle a la anciana sus nuevos abastecimientos en realidad no vuelvo, doy un rodeo. Paso por delante de su verja, observando y (no quiero decirlo), vigilando, con el corazón acelerado como un animalillo embrutecido. Repito la operación en varias ocasiones, esperando ver algo fuera de lo habitual, esperando una señal que me revele el eterno amor que ella siente por mí. En una de mis rondas me doy cuenta de que uno de los visillos se movía con brusquedad y no me queda otra que acercarme y fingir que estaba ahí con un propósito. Me dice que me largue, que hoy no, que está muy ocupada —tampoco ella es muy amable—. Y yo me marchó, con el rabo entre las piernas, dando un paso tras otro levantando el polvo del camino bajo el sol de Extremadura. Al llegar a casa me agacho para saludar al gato, que se frota contra mi mano con su pelaje limpió y seco. Algunos pelos se me quedan pegados a la piel cubierta de sudor. Una vez en la casa me quedo mirando por la ventana.

Una cigüeña sobrevuela la dehesa; pienso en ella y ojalá no sentir, ojalá no sentir el suelo bajo mis pies.

He ido a ver a la vieja y me he detenido a cierta distancia al ver que ella se me había adelantado. Suena monstruosamente alto un tractos de fondo. Sobrina-nieta y tía-abuela hablan a gritos, noto que la sobrina-nieta se agota y me divierte ese cuadro familiar. Cuando por fin se marcha me acerco a la casa, me quedo un rato hablando con la vieja. Me invita a pasar, me pone una taza de café entre las manos y le pregunto por su marido. Refunfuña, pero sé que en el fondo le encanta ese tema de conversación, le encanta criticar. «Era un hombre muy práctico», muy galán y muy machista. Las palabras de la vieja me llevan en un regreso a una memoria que no es mía, pero que siento en mi cuerpo y la memoria tiene más que ver con el cuerpo que con la facticidad de un pasado.

Había llegado el ocaso y ella estaba furiosa ese día, no recuerdo por qué. Hacía aspavientos con los brazos, ante lo que no podía evitar reírme, lo que la enfurecía todavía más. Se marchó dando un portazo. Cuando eso ocurre me recreo en encontrar sus pequeñas huellas de cotidianidad cuando se marcha. La mancha de sus labios en un vaso de agua, un mueble fuera de su sitio. Alzo las piernas para ahogar el dolor propio de los trabajos precarios y un cojín fuera de su lugar habitual me confirma que estuvo aquí, que no estoy loca. Su cuerpo, lo quiera o no ocupa un espacio, tiene impacto aunque todo lo que hace esté medido. No lo digo yo, lo dice ella. Dice que es una controladora, que yo estoy loca pero que ella es una obsesa y yo repito «no» como un mantra aunque me creo sus palabras. Le digo «si de verdad fueras una controladora no me lo dirías» pero vaya, sé que lo haría y así es. Me dice que es una controladora, aunque eso a veces no está de más porque las medias que llevo son de ser un poco fresca pero yo le digo «eso te gusta ¿verdad?» y se hace el silencio, porque tengo razón y ella me pone una mano sobre la pierna.

Es el funeral de la vieja. No creo que se pueda decir que llegáramos a ser amigas, a mí me faltaba espontaneidad, pero me dolió más su muerte que la de mi abuela. Me siento al lado de ella, entre las primeras filas, será la última vez que la vea. Sé que no está escuchando el discurso del párroco. Su mirada se alza al cielo y sus ojos siguen el movimiento de un pájaro. En ocasiones ocurren milagros de verdad.

Ella anuncia que se marcha del pueblo y yo, tal vez... no, no. Las montañas de color olivado en el horizonte parecen alejarse según la posición de las nubes. El cielo rosa aguarda, me ofrece, generoso, un marco narrativo y yo no tengo ninguna historia que contar. Pero quiero recordar y, aquí, mi memoria es un deseo.